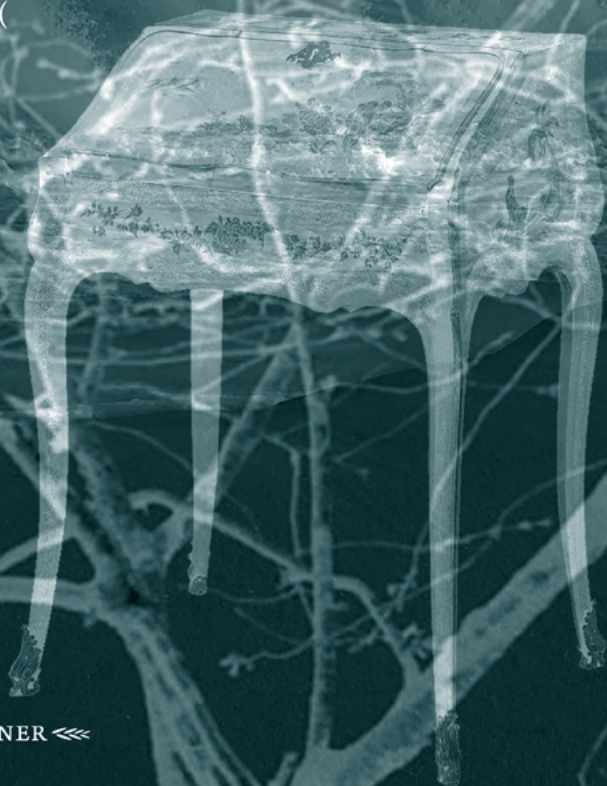


# El paraíso

Sergio Delgado

( Aura (



*Collage digital de tapa y carátulas: Guillermo Mondejar*

# El paraíso

La sobrina • El paraíso • La estela

Sergio Delgado

*Prólogo: Guillermo Saavedra*

DELGADO, SERGIO

El paraíso : La sobrina. El paraíso. La estela / Sergio Delgado ; prólogo de Guillermo Saavedra ; coordinación de Guillermo Mondejar  
1.ª ed. - Paraná : Universidad Nacional de Entre Ríos, UNER, 2023  
496 pp. ; 21 x 14 cm - (Aura. Colección Contemporánea ; 8)

ISBN: 978-950-698-535-6

1. Literatura Argentina. 2. Narrativa. 3. Novelas.  
I. Saavedra, Guillermo, prólogo. II. Mondejar, Guillermo, coordinación.

CDD A863

*Prólogo:* Guillermo Saavedra

*Coordinación:* Guillermo Mondejar

*Corrección:* Paola Calabretta

*Diagramación:* Manuel Siri

*Fotografía del autor en solapa:* Myrna Insua

© EDUNER, 2023

© Sergio Delgado

© Guillermo Saavedra

© Guillermo Mondejar (collage digital de tapa y carátulas)

© Myrna Insua

EDUNER, Editorial de la Universidad Nacional de Entre Ríos  
Andrés Pazos 406 (E3100FHJ), Paraná, Entre Ríos, Argentina  
eduner@uner.edu.ar / www.eduner.uner.edu.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11 723.

No está permitido la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11 723 y 25 446.

Editado e impreso en Argentina.

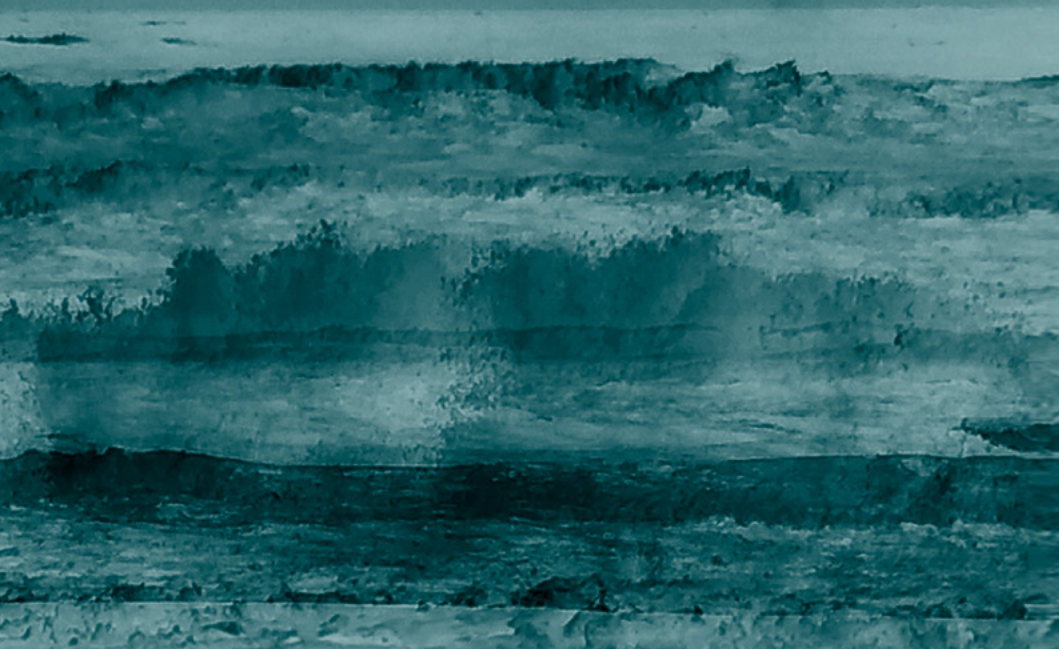
## Índice

- 7 El arte de convertir en poesía la experiencia  
*Guillermo Saavedra*

### EL PARAÍSO *Sergio Delgado*

- 17 La sobrina
- 135 El paraíso
- 295 La estela
- 463 AntiAutobiografía
- 487 Principales obras del autor
- 493 Nota al texto

# El paraíso



*A Marcelo*

*Sais-tu à quoi j'ai passé tout mon après-midi  
avant-hier?*

GUSTAVE FLAUBERT,  
Carta a Louise Colet, 16 de mayo de 1852

*C'est plus fort que moi, il faut que j'aie l'impression  
d'avoir fait quelques photographies aujourd'hui.  
Une journée sans images est une journée morte.*

RAYMOND DEPARDON, *Paris journal*





¿Sabemos acaso de dónde provienen nuestros gestos, los más inmediatos y los más remotos, los más evidentes y los más ocultos?... Llegan a nuestras manos, nuestros hombros o nuestros rostros como traídos por una inercia suave e indescifrable, nos arrebatan a veces en el vértigo de una furia o una desolación y nunca terminamos de entender por qué hacemos estas cosas hoy como las hicimos ayer o por qué, de pronto, ahora, las hacemos de manera distinta. Nuestros gestos tienden a repetirse al margen de toda posibilidad de decisión, como haciéndose por su propia cuenta, y eso nos parece natural hasta el momento en el que una costumbre que ayer nos tranquilizaba hoy nos angustia: eso ocurre siempre ahora. Es decir: cuando esta fotografía, que tiene nuestra mirada como reverso, nos sorprende.

Si acaso hemos perdido el rastro de aquel primer gesto, el que inicia la serie, ahora nos abrumba de pronto este último. Ni siquiera logramos comprender nuestras actitudes más espontáneas porque un regusto, en la palabra o en el rictus —no en todos, por supuesto, y casi nunca en aquella o aquel en que esperamos depositar nuestro significado más íntimo—, en la manera de pronunciarla o contraerlo, nos hace volver hacia atrás, como si algo se nos hubiera escapado y ya no nos perteneciera. Hacia atrás, siempre hacia atrás... Aunque la vida nos empuje hacia adelante. ¿Cuál es, entonces, el momento indicado para no pensar más y dejarnos llevar por la corriente, irresponsables y felices?

Es evidente que esto sólo puede ocurrir *ahora*. Pongamos que lo aprendido, que se confirma a fuerza de repetición y basa su calidad en la permanencia, perdura acaso en nosotros. Pongamos, y si fuera así, ¿somos eso simplemente?



Aprender es también olvidar. Y olvidar no siempre es embrutecerse. El que no aprende tampoco desaprende. Es cierto que la memoria es un músculo que necesita ejercicio, pero es cierto también que en un momento dado, como todo músculo, se cansa, se asfixia, se acalambra.

Pronto llegará la primavera, allá. Acá, en cambio, se termina el verano. Papá me llamó hace un rato, hoy, a media mañana. Debe haber sido muy temprano, allá, pero no me sorprendió porque él tiene la costumbre de madrugar, incluso los domingos: los jardines no descansan, suele repetir. Hace años que papá es hombre sin domingos. Como sea, fue una sorpresa escucharnos, como cuando nos topamos por casualidad en una esquina con la persona con la que hace tiempo venimos desencontrándonos. Sorpresa la suya de haber dado conmigo y la mía de recibir su llamada: estábamos sin teléfono desde hace un mes. Puede decirse que la llamada de papá rompió el maleficio y nos volvió a poner a nosotros, acá, en comunicación con el mundo.

Papá está muy afectado —ahora me entero— y apenas puede moverse. Desde el jueves que está en cama. «Tuve un ataque», me dice, como única aunque suficiente explicación. La palabra *ataque* forma parte, desde que tengo uso de razón, de nuestro lenguaje familiar. Apenas si se pronuncia el nombre de la enfermedad, que pertenece más bien al dominio de los médicos, los recetarios, las obras sociales, las farmacias. En mi caso, además, casi desde niño ese nombre se me confunde con el título de una novela rusa que, más allá de toda homofonía, colocaba la enfermedad de papá en el imaginario de la ciencia ficción. En mi primera juventud leía toneladas de esas novelas en la colección Minotauro, en particular aquellas que describían la situación de la Tierra luego de un cataclismo nuclear, una invasión extraterrestre o el ataque de un virus venido del espacio intergaláctico. Nuestra especie había sido prácticamente exterminada y unos cuantos sobrevivientes —reviviendo la historia de Noé y su familia— deambulaban perdidos por ciudades y campos desiertos tratando de mantener una mínima noción de lo humano. El mundo



seguía siendo prácticamente el mismo y sin embargo ese misterioso cataclismo, que no afectaba necesariamente la superficie de las cosas, el aspecto de las ciudades, los árboles, los ríos, lo había transformado todo profundamente. Salvando las distancias, esto era lo que ocurría en nuestro mundo cuando sufríamos —y digo bien porque nos afectaba a todos— la enfermedad de papá. En mi joven vida humana, ese hecho, que transformaba radicalmente la vida familiar, sin modificar sus apariencias, implicaba un conflicto profundo entre lo exterior y lo interior. A medida que fui creciendo y comencé a salir al mundo, en particular cuando me fui de la casa paterna a vivir solo o cuando me fui de la ciudad o del país a tentar otros aires, esta afección y su lenguaje mantuvieron, intactos, un mismo ámbito de resonancia.

Para nombrar la enfermedad de papá inventé, para mi uso personal, la palabra *soliasis*. Es curioso pero es la primera vez que la escribo. Tampoco recuerdo que la haya pronunciado nunca. No sé de dónde proviene esta palabra, aunque resulta indudable, si se analiza su morfología, que se trata de una deformación, mínima, de la original. Por más insignificante que fuera la diferencia, es muy difícil distinguir la causa del efecto, y si se tratara de un error deliberado, a cuenta en todo caso del pudor, no estaría alterando radicalmente

la red de correspondencias que la palabra original mantiene con mi propia historia, puesto que la *soliasis* desarrolló en mi vida, entre otras asociaciones, muy particularmente la solar. De manera digamos ingenua siempre pensé —me sería difícil imaginar cuándo entendí algo distinto— que se trataba de una enfermedad ligada al sol porque eran sus rayos los que, en definitiva, procuraban su cura, como sucede con aquellos venenos que sirven de base para la elaboración de sus propios antídotos. Esta convicción me acompaña casi desde el momento en que comencé a adquirir el lenguaje y esto me hace pensar que esta palabra, en su módica etimología personal, se erige en torno de una deformación al mismo tiempo involuntaria e insuperable. En definitiva, hasta donde puedo recordarlo, siempre me sonó a *soliasis* el nombre de la enfermedad de papá, quizás de escucharlo mal las pocas veces que fue pronunciado en mi presencia, lo que, además, se hacía siempre a media voz o entre dientes, quizás para darle un ámbito si se quiere natural a su extrañeza. Es cierto que en el marco de lo familiar poseemos un tesoro de palabras de uso casero conformado de seudónimos, diminutivos —afectivos o socarrones—, entredichos, chistes, que sólo un número reducido de interlocutores puede comprender en su justa medida. La *soliasis* es una palabra personal que utilizo únicamente en mi interior, conmigo mismo, para tener algo material, en mis pensamientos, con que nombrar la enfermedad de papá. Forma parte en definitiva de ese reducto de soledad y aislamiento del que brota el manantial de toda hospitalidad. Podemos amar y odiar en la medida que aprendemos, en un círculo de tiempo y espacio muy limitado, a estar solos. Y si estamos solos, hablamos con nosotros mismos con nuestras propias palabras. Dado que la *soliasis* es una enfermedad incomprendible —se desconocen sus causas y ninguna terapia asegura una cura definitiva—, de naturaleza psicosomática —como si esta noción quisiera decir algo: lo incluye todo y vivimos, en definitiva, en un universo psicosomático—, podría decirse que se trata de una enfermedad «personal». En cada individuo tiene su propio origen, su propia medida y su propio destino. No es extraño, entonces, que yo le haya concedido un nombre mío, para mí.



Los ataques de papá sobrevenían una vez por año, particularmente a fines del otoño o principios del invierno, y golpeaban subrepticamente la vida de toda la familia, alterando al menos el curso natural de las cosas. Lenta y silenciosa, casi sin anunciarse, como una inundación, llegaba la enfermedad hasta que en un momento dado imponía su evidencia y entonces todos lo sabíamos: papá tenía otro ataque. De pronto dejaba de ser el que era y se volvía un ser diferente: mustio, parco, distante. A veces el mal pasaba en dos o tres días y quizás ni nos enterábamos porque era algo que sucedía bajo las apariencias de las cosas, detrás de la corbata, el chaleco, la camisa, el pantalón y las medias, pero si la enfermedad afectaba las articulaciones, papá tenía que quedarse en la cama, sin poder moverse, durante semanas. En ese tiempo mamá, que debía ocuparse de todo, andaba con los nervios de punta. Con la llegada del verano, del sol y del aire, las cosas siempre mejoraban.

Este ataque llega ahora un poco a destiempo. Allá, el invierno emprende su último movimiento y pronto despuntará la primavera. Es hora de comenzar a preparar los patios, los jardines, los parques, de hacer un balance de aquellas plantas o árboles que, habiendo soporado mal las heladas, será necesario reemplazar. Es tiempo incluso de

hacer las últimas podas, antes de que la savia comience a acelerarse en el interior de las ramas, de plantar los bulbos, de llenar los canteros de corales, conejitos, malvas, geranios, malvones... Es tiempo, sobre todo, de comenzar a tallar los cercos. Esta última tarea, que es la afición principal de papá, su especialidad si se quiere, que por nada del mundo deja en manos de su empleado, lo está reclamando. ¿Podrán esperarlo, los cercos?

—Ya estoy mejor —repite varias veces.

Hacía mucho tiempo, por lo menos cuatro o cinco años, digamos desde la muerte de mamá, que papá no tenía un ataque. Es probable, incluso, que no haya sido así, que haya tenido varios y simplemente no me enteré. En ese caso, habrán sido breves, leves, y de domingo a domingo, cuando solemos comunicarnos, papá no lo habrá considerado digno de mención.

—Voy a estar bien y el tiempo ayuda. Está despejado y el calorcito se hace sentir. Ayer me puse al sol y ya estoy mucho mejor. Hoy amaneció nublado, pero dicen que va a mejorar y a la tarde seguramente podré ponerme otro rato. En un par de días estoy como nuevo.

El sol, en definitiva, siempre llega con su caricia reparadora. Papá lleva una vida sana, y si bien en su interior los nervios trabajan por su propia cuenta, de manera imprevisible, la armonía exterior, cósmica si se quiere, en acuerdo con la naturaleza y según el ritmo de las estaciones, sigue siendo el mejor remedio.